

Alianza Eterna

A MANUEL ELICIO FLOR T.

No han muerto, insatisfecha, tu esplendor y tu fama;
velado, no en el eclipse, está tu augusto sol,
y, en su cúbil de lauros, tu heroico León brama,
ansioso que a la tierra rija el cetro español.

Aun brilla en tus paños el homérico rayo
que rindió en cien palenques al romano campeón,
y hierro de Cantabria, que blandiera Pelayo,
esgrime victoriosa la ibérica legión.

¡Morir no puedes, Madre! Las Navas de Tolosa
florece en laureles de luz para tu sien,
y cantan tu epopeya: la invicta Zaragoza,
las Ninfas de Lepanto y el Numen de Bailén.

Por las ruitas que abriste, la Humanidad camina,
que supo tu osadía la tierra redondear;
clavaste en toda cumbre la llanura latina,
y burló tu arrogancia los arcanos del mar.

Y aquí, si, en dil. titánica, nuestro rebelde brazo
rompió tu cetro de oro con brío vengador;
si el sol de tus hazañas halo, en el Ande ocaso,
resplendor en los espíritus con mágico fulgor!

Si América no es tuya, son tuyas nuestras almas,
a las que adombra y guía la castallana luz;
son tuyos nuestros símbolos: las apolíneas palmas,
la espada de las lides y tu pendón: la Cruz.

Aquí, tus primogénitas, señoras de dos mares,
que fueren los tesoros del misterioso Ofir,
bajo un dosel de ombúes, de ceibas y palmares,
esperan de tus pompas el nuevo porvenir.

Aquí hallarás, oh! Hesperia, la savia de tu historia;
las legiones que venguen tu atenta en Trafalgar
y tu rota en la Aidilla, do un merceder sin gloria
tu lustre y tu realza pretendió mancillar.

¡Excelso, Madre, invicta! La Atlántida soñada
a esplendores distintos llama a la Humanidad,
al sol del himno de oro que entona en su alborada,
soñando, en los prestigios de tu gloriosa edad.

¡Excelso, noble España! Desde el egregio plinto,
congrega tus falanges para nueva lid,
y hermáncense los astros del Inca y Carlos Quinto,
el fuego de Numancia y el rayo de Junín!

REMIGIO TAMARIZ CRESPO



POEMA

DESPUES....

Inédito

Cuando me vaya para siempre,
cuando mis pasionales rosas no per-
fumen tu solitaria vida, cuando sea
imposible y lejana como una estrella
y mi corazón ingenuo no vierta en
tu vida todas sus inefables ternu-
ras....

Cuando sea mi nombre una nos-
talgia vaga en tu recuerdo y tu frivoli-
dad se haya tornado en una calma
triste e inhibida, para mi memoria,
para mi espíritu, para la tristeza de
mis horas de desahucio, ten mi pe-
samiento, una abstracción suprema,
un beso furtivo y dulce, como el mal
imprescible, que entre una sonrisa le-
ve y un ensueño aterido, se lleva mi
alma, deshojándola como una rara
flor de exóticos matices, que diera su
porfuneo inconsciente y prematura-
mente, en temprana floración prima-
veral....

DJENANA.

1921.

III

El diminuto haz de luz que
creo sentir mucha paz espiritual, sólo
sintió la amargura de apreciar la mez-
quindad de los hombres, porque el día
en que recibió las órdenes, hasta su pro-
fesor de filosofía, el único que había
puesto en su alma un poco de paz estuvo
muerto, y en todos los rostros que antes
le fueron familiares encontró envidia y
odio. Sólo, teniendo por guía su fe se en-
camino a la aldea distante donde de-
bía esperar a su madre y su tía a
quienes hacía tantos años no había visto,
y por el camino abrupto, sembrado de
guajeros, avanzaba, musitando una ora-
ción, hacia las colinas, cercanas de la al-
dea, que se erguían como los sonos de
una mujer recalcando puer, entre la
veridica de los campos; el sol, se encon-
traba en el ocaso, y con lentitud
como si quisiera poner su último matiz
de oro sobre la campiña: en lo alto del
monte se detuvo un instante, para bendi-
cir a los ruidos labriegos que regresaban
fatigados por el bochorno solar, a las in-
migrantes pastoras que conducían sus reba-
ños y a la aldea que con sus casas de pie-
dra brida por el sol, parecía recogerse
mística, como aquellos pueblos de san-
tidad que inmortalizaron en sus hienos
los chisquitos pintores de épocas pasadas.
Una vez en la aldea, sus primeros pasos
los encajaron hacia el viejo retiro fami-
liar, pero este estaba solo, abandonado,
porque su madre y su tía habían muerto;
unas viejas cartas de su madre, escritas
en su juventud, viejas cartas de amor, le
revelaron su historia, esa historia que no
le fue contada nunca, y por la cual su
madre huyó de la ciudad, donde los hom-
bres eran menos humanos, queriendo ocul-
tar el fruto de su amor; era una historia
dolorosa y cruel; por largo rato estrinó
entre sus dedos nerviosos aquellos pape-
les amarillos a causa del tiempo, y él que
siempre tuvo para su madre una oración,
al conocer su historia profirió blasfemo,
la palabra impuro; luego tornóse ar-
repentido y toda la noche y la mañana si-
guiente, estuvo orando, como aquella ma-
ñana fría de invierno, frente al altar sin
arcs de su alcoba humilde.

IV

En lo más alto del monte, donde es-
taba la cripta en que descansaba el santo
patrono de la aldea, construyó una ca-
biña donde fue a pasar el resto de sus días,
como el sibilante de Padua, su mentor es-
piritual, a cuyo ejemplo había tratado de
ajustar su vida. Su leyenda, según vi-
viendo en el corazón de aquel pueblo; el
turista que visitaba sus tierras, el pere-
grino que hacía su gira de santidad, el
quinto que regresaba de cumplir su ser-
vicio, iban hasta la humilde cabiña a
arrojarse un mendrugo de pan, y a reci-
bir la caridad de su bendición. Un día,
al son de timbales y de panderos, arri-
bó a la aldea una caravana de Zingaros
en la cual iban muchas mujeres hermo-
sas, pero entre ellas había una de cuerpo
esbelto, ligeramente morena, grave, con
una gravedad de tragedia, de ojos gran-
des y negros, ojos de bulo por la manera
de escrutar, encarnación completa de la
voluntad de las mujeres de su raza, que
con contorsiones imposibles bailaba,
movida por los conjuros de épocas mila-
riadas, las danzas paganas de las odalis-
cas, una mujer que bailaba cubierta áni-
mamente por un manto azul como de cie-
lo; transparente y fino, recamado de jo-
yas preciosas, una bacante divina, que
evocaba los bellos tiempos mitológicos, y
que solvando los ámbitos y trapos las pro-
fetas del buen sacerdot y de los predi-
cadores públicos del bien, que iban a ver-
la desde los reservados y los palcos ocultos
para levantar catedral de moral al día
siguiente en el pulpito, en los lugares pú-
blicos, condenándola y excomulgándola, y ex-
comulgando a los que sin ocultarse iban a
verla bailar.

LA CENICIENTA

Yace silencioso el pueblo. Hora de la
Los hombres andan ausentes, porfiando con la
Sólo posan en los lares las muy mozas o mo-
Está vacía la calle, están cerradas las puertas.
En lo hondo de una casaca, canta una voz lastimada.
"Por ese hombre daría mi vida entera".

De las Gilas, ahudalgadas, es la casa solitaria
Son las Gilas cuatro hermanas; todas las cenicientas
todas las cuatro con novio, que hay para todas
La que canta es Clementina, una prima pobre
que han recogido las Gilas; criada y pariente
Chanto de ruindad las otras, tanta es su gracia
tanto es gentil y riante, cuanto las otras zaheridas
Ningún mozo en ella cuida, ningún galán la mira
porque en la noble Castilla si eres pobre eres fea
Desde el alba hasta la noche, Clementina
en la casa adoba y avia, previene el pienso a las
anasa el pan y lo cuece, baja el yantar a las
hila la lana en el huso, a los rebanos ordeña,
hace enajadas y quesos, rige y muda las colinas
Dice una Gila: holgazana. Otra dice: dale gana
Y otra: mallaen los deudos, nunca vale la pena
Clementina, humilde el rostro, de aquí y allá
y sin dar paz a la mano canta con voz lastimada
"Por ese hombre daría mi vida entera".

Clementina, a harto de sueño, leyó antaño
Amores de Lanzarote y de la reina Ginebra.
Y ya su vida es un sueño, esté dormida o despierta
Vendrá, vendrá el caballero, ginebra en blanca flor
que le besará en los labios y la hará suya por siempre
y la robará, a la grupa, y se casará con ella.
Y Clementina solloza con voz que el deseo altera
"Por ese hombre daría mi vida entera".

Canta del alba a la noche pero ese hombre
Yace silencioso el pueblo. Hora de la soledad
Está vacía la calle. Están cerradas las puertas.

RAMON PEREZ DE

(1)-En Tierra de campos llamanse huebras a
una yunta labra en un día como a las mismas yuntas.

La noche, no mariona
nita, pero si florece
caron más alegres
Al día siguiente
más tarde que nunca
su alma la aldea y la
cioron más alegres
ros tuvo una miscela
con más amor, a los
las zagalas que em-
santificó a su madre
elevó su plegaria, me-
pensando en que le-
donar a la impura.
feticos y los hipocri-
manto de una falsa
de sus rictos y los re-
existencia formen, a
zurco la trama, quie-
ba más, la aldea labi-
quista del bien de
for, producto inmen-
nenta fantasía de
el piodosa de Antonio
el corazón de la aldea,
arrullador del que
saba sus pradas.

FELICITE

AMISER

En el día de su na-
gar un gran surco
toda clase y preda
novedad alemana
y menor en el
VIOTOR SÁNCHEZ

Balién 204 y Pichina

SOMBREROS de

Se fabrican para
a precios sin com-
ficción y reforma
los últimos modas
Calle Capitán Nájera
le y Chimbora.

FUNDACION DE UN

GOBIERNO

(Por el

TELEGAFO

Tiense por ser
días aparecerá en
que se titulará la Pa-
dactor principal
privado del Presi-
blica, doctor Vaz-
varado. — Correspon-

DESEA USTED

NUESTRO

Suscribase a
plazos largos, sin
timos aparatos
Pormenores: de
de Manuel A. Rios
le, Esquela, y Vale

MOTORES ELE

"CENTU

DE 3 y 7 1/2

para corriente
de 110/220 volt
con switch y caja
cia, completos, ap
las corrientes que
las plantas eléctric
hoy. Elabómba. An
to.—DE VENTA
presta.

9 DE OCTUBRE

Medicina en General

des de la Pa-

Consultas: de 3 a

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón

Malecón y Colón